

Que les ayude el Estado con algo más

Lucía Casanova

VINE AL HOSPITAL GONZALO GONZÁLEZ en el año 1972. El 20 de septiembre. Me llamo Lucía Marina Casanova Mejía. Cuando vine, el hospital había ya abierto las puertas a la comunidad hacía dos años. Estas casas estaban ocupadas también con los padres de familia. El doctor Gonzalo González ya había empezado su dirección dos años antes.

Cuando yo vine, encontré a las madres de familia con sus niños. Había quienes tenían cinco hijos, otras, siete; otras, cuatro. Como eran parejas jóvenes, me tocó asistir diez partos: diez niños nacieron en mis manos. A los niños los reunían como en una guardería para hacerles terapia o juegos, para distraerlos un poco. Mi trabajo ahí era buscar becas para su educación, ése era el trabajo de las hermanas de la comunidad. Conseguimos de las damas norteamericanas una beca, y de las damas peruanas otra. Con esas dos becas nos ayudábamos para los útiles y para el transporte. También me tocaba ir a las escuelas a pedir cupo para los niños; cuando ya eran señoritas, para la secundaria, y me hacía cargo y responsable de cada uno de ellos. Terminaron el bachillerato en distintos colegios. Unas en María de Nazareth, en las Hijas de la Caridad y otras en el Marianita de Jesús, en el colegio de las Marianitas. Yo me encargaba sólo de las mujeres y los niños. De los jóvenes no, sino que había otras hermanas encargadas.

Terminado ese periodo de bachillerato, nosotras ya no nos ocupábamos, sino que los mismos padres de familia pidieron ayuda al Ministerio de Salud, desde luego, con ayuda de las hermanas. Dos chicas terminaron sus estudios. Una es enfermera profesional, licenciada, y otra es licenciada en Servicio Social. Terminando sus estudios las dos tuvieron trabajo de inmediato. Una trabaja en una clínica de diálisis. Me acuerdo que entre las mismas niñas y señoritas, para la celebración del 15 de agosto, fiesta patronal de la institución, se nombraban reinas del hospital. Entonces a cada una que salía de reina había que conseguirle vestido elegante. Ahí se nombraban madrinan, para que le ayudaran a estar muy elegante, como una verdadera reina. Pero ahora ya no, ya no hay nada de eso, con mucha pena, pero ya no hay.

Yo llegué cuando los pabellones estaban aún divididos. Las mujeres eran 35 y vivían en los pabellones donde ahora está funcionando Dermatología. Todos los tres pabellones eran ocupados por las mujeres. Los otros cuatro pabellones eran de los hombres. En cada dormitorio había dos personas, porque en total eran como 190 cuando llegué. Se han ido muriendo poco a poco. Los tenían divididos en pabellones porque a las mujeres había que respetarlas, y los hombres tenían que respetarlas, obviamente. En ese tiempo el director era el doctor Holger Garzón. Él hacía que a los pacientes se les tratara bien. Yo me he acostumbrado tanto con ellos que hasta ahora no los puedo dejar. Son muy respetuosos, sobre todo aceptan su enfermedad con resignación. Eso me ha ayudado a mí también a aceptar las dificultades diarias de la vida, porque veo en ellos esa aceptación sincera, esa aceptación del amor a Dios. Tanto las mujeres como los hombres son muy respetuosos, muy cariñosos. Entre ellos también se ayudan mucho.

El servicio a las personas por parte de las religiosas empezó con tres madres que vinieron de Francia en 1870. Les destinaron a atender a seis leprosos. Los pacientes fueron aumentando. Poco tiempo estuvieron en ese sitio; luego pasaron al hospicio de la 24 de Mayo. Ahí, en una sala muy grande, vivían de 35 a 70 —no sé bien cuántos— enfermos. Se fueron luego a Pifo. Ahí les prestaron la casa de una hacienda que era de los jesuitas antes de que fueran expulsados del Ecuador y dejaran la casa. Esa casa fueron a ocuparla los pacientes. Estuvieron allí 17 años, con las tres hermanas y el doctor Gallegos Anda que iba cada 8 del mes a visitarlos. Luego, hicieron esta construcción y vinieron aquí.

Cuando yo llegué, la construcción estaba deteriorada, las tablas grandes de los corredores estaban apolilladas. Entonces el doctor Garzón se empeñó en hacer renovaciones y rellenaron todos los pabellones y pusieron baldosa, tanto en los de dermatología, como en los de lepra. También cambiaron los techos. Y, arriba, las oficinas eran con cemento, pero el cemento ya acabado. También hizo ventanales en los cuartos, porque eran ventanas de madera que aún se conservan, pero sólo en la capilla. Así como son esas dos ventanas de la capilla eran toditas las del hospital. El doctor Garzón hizo todo eso porque estuvo como director entre 30 y 35 años. Él todavía vive y tiene su consultorio en la calle Ladrón de Guevara, frente a la iglesia de La Floresta.

Dicen que el hospital anterior a éste estaba muy lejos de Quito. Tanto, que el doctor que iba a visitarlos tenía que usar un caballo para llegar. Hasta que el doctor Isidro Ayora construyó este hospital. Este espacio alejado era una hacienda llamada Verdecruz. Los dueños de la hacienda no sé si la obsequiaron o la compró el Ministerio, que antes no se llamaba Ministerio sino Asistencia Social. Aunque parece que la compraron por 19 000 sucres y que existen las escrituras. Pero este hospital también era distante de Quito. Se tenía que llegar con un carro que nos traía del centro, nos dejaba donde ahora es el Hospital Militar, y de ahí bajábamos a pie. Otro nos dejaba en La Floresta y de ahí bajábamos también a pie. Cuando tenía que hacer comisiones de las pacientes, me iba a pie hasta La Floresta a coger un carro e ir al centro. Al regreso me venía a pie. Nada de la zona era poblada. Había sólo sembradíos de maíz en todo lo que ahora está al frente. De manera que el leprocomio quedaba lejísimos, en medio de un bosque, porque todo era bosque.

Se supone que se lo hizo alejado para que no hubiera contagio con la gente. Porque antes era muy temida la enfermedad. Cuando a mí me mandaron al hospital —desde luego yo pedí que me mandaran aquí—, tenía un poco de recelo y casi arrepentimiento de haber pedido que me mandaran. Pero mis compañeras tampoco querían venir, y es por eso que a mí me han dejado tanto tiempo aquí: 42 años.

Pero la vida de la gente aquí le hacía a uno olvidar esos miedos. Hay tantas historias de enamoramientos, de que se pasaban papelitos viéndose por las rendijas, que se trepaban incluso por encima de una división muy

alta que había (es que había una pared con un botón grande con llave, entonces los pacientes encontraban la manera de pasarse y verse). Sólo así podían haberse casado entre ellos. Me contaban que tuvieron que pedir permiso para hacer los matrimonios entre los pacientes al presidente de la República, Velasco Ibarra. Por suerte, él era un señor muy amable, muy caritativo, muy comprensivo con los leprosos. En el momento menos pensado venía, quizá cada dos meses. Les traía sus golosinitas. No sé si él entraba porque las puertas estaban cerradas, no sé, o por una ventana se comunicaban con él. Con el permiso de él se casaban aquí por lo civil y por la Iglesia, otros pedían permiso para irse a casar afuera; con recelo, con recelo, les daban permiso. Y ellos también, con recelo, con recelo, pedían permiso y se iban a casar afuera. Una vez que se casaban, había libertad para ellos, porque además ya había casas construidas para ellos. Aprovechando eso, ya cada familia cogía su casita.

Lamentablemente, a los niños sí se los quitaban para criarlos afuera. Las señoras daban a luz y a sus bebés se los llevaban. Unos iban donde la familia de los pacientes, sus abuelos, sus tíos. Otros, a las guarderías. Lamentablemente, los bebés que fueron a las guarderías —pienso yo que porque eran hijos de leprosos—, no recibían muchos cuidados y morían. A los dos o tres meses de que se los llevaban, venían a entregarlos muertos. Y esa es la mayor pena que sufrieron la mayor parte de las madres de familia allí dentro: ver a sus hijos, a quienes no habían conocido siquiera cuando nacieron, cuando los traían muertos de las guarderías. Habían mal atendido, quiero yo suponer, a los niños, y por eso morían. Pero creo que la intención no era ésa. Es que se los llevaban por miedo al contagio. Cuando ya estaban las casas hechas, las madres de familia iban a traer a sus hijos, claro, a los que podían encontrar. A algunos los entregaban de buena gana, otros tenían que ser recuperados a la fuerza. Una señora me dijo: “Yo tuve que ir a robar a mi hija, para que viniera a vivir conmigo”. Los niños, claro, vinieron con gusto a estar con sus padres.

El servicio a los pacientes trataba de ser lo mejor posible. Había tres médicos, tres Hermanas de la Caridad, tres auxiliares y 170 personas que eran pacientes. Todas, las pocas hermanas que habíamos, teníamos doble trabajo porque no había médicos para la noche. Entonces estábamos las hermanas a la llamada de los pacientes, lo cual era sencillo porque como

vivíamos en unos tres cuartitos, donde ahora son las oficinas, prácticamente vivíamos con ellos. Tocaban una campanita si había alguna novedad. Aquí se atendía sólo la lepra y había la sala de cirugías donde se operaban apéndices, vesículas, se amputaban miembros. El doctor Garzón era el cirujano. La comida, la ropa y otros servicios se les hacía por unas ventanas. Pero cuando llegué aquí, eso ya estaba cambiando.

Cuando se abrieron las puertas, se conservaron las ventanillas como recuerdo. Había una ventana para los hombres y una para las mujeres —tenía malla—, para las visitas, porque las puertas estaban cerradas. Los pacientes tenían que estar adentro y los familiares afuera, solamente se veían por la ventanilla. Algunas personas se ponían gafas especiales, trajes especiales para pasar cosas a los pacientes, y los pacientes que las recibían tenían que distribuirlas a los demás. Pero eso aún es así. Vienen donantes a dar cosas a los pacientes. Hay un representante de los hombres y una representante de las mujeres. Ellos son los encargados de recibir y repartir. El señor representante de los hombres tiene la denominación de inspector y la de las mujeres, inspectora. Es muy bonito ver la repartición entre ellos, muy bonito.

Hay algunos pacientes que han pedido el alta, que se han visto muy bien y han pedido salir. Entre ellos, un joven que hoy es sacerdote. Yo tenía unos cinco muchachos, les decía yo “los muchachos”. Les daba tarea en el jardín y cuando la hacían, los agasajaba con caramelos. Y cuando no la hacían los castigaba no dándoles nada. Entonces, entre esos muchachos hay un sacerdote que sirve aquí adentro de la ciudad, no sé bien dónde, pero dentro de la ciudad tiene su parroquia.

También, por ejemplo, dentro de las personas de acá, entre compañeros, se genera amistad, fraternidad. Cuando muere un paciente, sus compañeros dan gracias a Dios por su vida, y se esmeran por hacer el funeral. Se les vela aquí en el salón. Hay una funeraria muy elegante con focos nuevos, y los pacientes pidieron, en lugar del Santo Cristo, un Cristo resucitado. En el piso pusieron alfombra.

Cuando no hay familiares entre ellos, los inspectores se hacen cargo de hacer el aguado para la noche —porque velan el cadáver— la canela, el canelazo, los caramelos, que antes eran los cigarrillos. Es que son una familia. Y con todo eso, yo pienso que sí les afecta la muerte de uno de ellos, pero

250 ellos no lo manifiestan. Todos van a acompañar al entierro, alquilan un bus para ir toditos, a veces una carroza, otras veces una camioneta, como se presente. Pero el bus para acompañar toditos, eso sí. Los entierran en San Diego o en El Batán. La trabajadora social se encarga de ver eso, de escoger el sitio donde los entierran. Es que esta enfermedad afecta a los pacientes en todo sentido. Incluso en su vida íntima. Digo “esta enfermedad”, porque cuando yo llegué aquí se le llamaba “lepra”. Pero después de un tiempito ya era Hansen y ya había que llamarlos “enfermos de Hansen”. Yo pregunté un día por qué y me dijeron que porque Hansen es el apellido del doctor que descubrió el bacilo.

Como sea que le llamen, la realidad de los pacientes es muy triste en ocasiones debido a la enfermedad. Respecto a su futuro, por ejemplo, se oyen muchas versiones. Quiera Dios que las que no son buenas no se hagan realidad. Y es que yo personalmente los quiero muchísimo, han sido para mí una familia. Y lo digo con llanto en mis ojos. Me daría mucha pena que los hicieran sufrir, que los sacaran de aquí. Pero todo el tiempo escucho que ya los van a mandar fuera de aquí, que se van, que se van. Ellos viven en la incertidumbre, Dios quiera que no pase nada. Lo mejor sería que se mantenga el hospital. Ahora en la sección de casas están todos los pacientes reunidos. Y el hospital está ocupado con los jóvenes adictos a las drogas. Van a arreglar dos pabellones más para traer más jóvenes.

Esto de escribir sobre la historia de las personas de aquí tiene dos caras. Puede ser que se les mueva el corazón a las personas que la lean, pero también se les puede endurecer por el miedo. Por eso sería deseable que el gobierno se preocupara un poquito más por ellos. Ellos ahora reciben una pequeña donación llamada *masita*. Son diez dólares mensuales. Sería bueno que el gobierno les diera un poquito más, ¿no? Incluso la historia de la *masita* es interesante. Se cuenta que una señora de dinero de Quito, hacía masa para pan y les venía a regalar a los pacientes, ya preparadita para que ellos hicieran su pancito. Cuando vine, conocí el horno donde hacían el pan cada semana. Amasaban el pan y lo guardaban para la semana. El dinero que ella tenía era de unas haciendas. Pero luego éstas fueron donadas a la asistencia pública. Desde entonces ella se encargó de darles cada mes en lugar de la masa, dinero. En realidad no era dinero, sino papelitos que les daba para que quienes lo recibían pudieran cambiarlo por dinero. Así se evitaba la trans-

misión de la enfermedad. No sé quién manejaba el dinero. Y ellos daban el papelito y la persona les compraba lo que necesitaban con la *masita*. Y hasta ahora tienen sus diez dólares mensuales. 251

Claro, como son seres humanos necesitan también sus golosinitas de vez en cuando. Compran una librita de pollo para hacerse alguna vez una sopita, unas galletitas, un pancito. Tienen sus necesidades, entonces compran con eso. Pero no les alcanza para mucho. Por ello se debería solicitar que les ayuden con algo más. ¡Ay Dios mío!, con mucho más.

7 de octubre de 2014